

Veinte auroras de Diciembre
 Contaba severo el tiempo,
 Cuando los bandos contrarios
 Iracundos se embistieron.
 Hay fuertes arremetidas,
 Se traban choques sangrientos,
 Manda á la caballería
 Que cargue, Miramón fiero.
 Cargan, y Ortega rechaza
 Sus ímpetus con esfuerzo;
 Los dragones vuelven caras,
 Otros se acogen huyendo
 A las banderas de Ortega
 Y otros se pierden dispersos.
 La derrota se consuma,
 Se mira regado el suelo
 De corrajes, de mochilas
 Y de parque y armamento.
 Músicas, baile, comidas,
 Se ven en los campamentos,
 Y parece que los llama
 Coqueta la hermosa México.

III

LA VUELTA.

Torna á la ciudad desierta
 Miramón y compañeros,
 A ver si logra la pluma
 Lo que no pudo el acero.
 Y ayuda pide confiado
 A Ministros extranjeros,
 Entre quienes mucho influye
 Aquel barrigón Pacheco
 Que decía con reserva
 A su sesudo Gobierno:
 «La Intervención extranjera
 Para éstos es el remedio,
 Que tratarlos como á gentes
 Es todo perder el tiempo;
 Con estos indios rebeldes
 Garrotazo y tente tieso.

Enero de 1897.

VIENTO DE REFORMA.

RUMBOSO Y PLANCHADO ROMANCE

CON

TRAMA HISTÓRICA.

I

INTRODUCCIÓN.

Se hacen rajas los tambores,
 Gritan roncás las cornetas,
 Y hasta los pinos del monte,
 Y hasta las formales bestias
 Parece que se reaniman
 Y parece que se alegran
 Con las retozonas dianas
 Que por todas partes suenan.
 Y era el campo de batalla
 Regado por donde quiera
 De cadáveres, despojos,
 Despedazadas cureñas
 Y heridos que se arrastraban
 Sobre la tierra sangrienta.
 ¡Oh campo de Calpulalpan,
 Si hablaras, cómo dijeras
 Hazañas que por lo grandes,
 Hazañas que por lo excelsas,
 Parecerían forjadas
 Por el sueño ó la quimera!
 La Reforma victoriosa
 Levantaba la cabeza

ROMANCES.—66.

Coronada de laureles,
 Con una antorcha en la diestra
 Que ahuyentaba del pasado
 Las malélicas tinieblas.
 Y el fanatismo tirano
 Y la pervertida Iglesia,
 Refugio de los traidores
 Y su asquerosa caterva,
 Por siempre se desplomaban
 En la maldecida huesa
 Que abrieron, viles al pueblo,
 A su honra y su independencia.
 A pesar de la victoria
 Y sus grandes consecuencias,
 Los próceres de los fueros
 No quieren soltar la presa,
 E impulsan negociaciones
 Con astucia y sutileza
 Para formular convenios
 Con las ya vencidas fuerzas,
 Comprometiendo Ministros
 De naciones extranjeras,
 Que á Berriozábal llevaban
 De garantía cual prenda,
 Y que se encontraba preso
 En México, do la fuerza
 Le trajo desde Toluca
 Lleno de honra y de decencia.

II

BIOGRAFÍA.

Fué el héroe de Calpulalpan
 Jesús González Ortega,
 El rábula en Juchipila,
 Según la maledicencia:
 Y con él se hicieron á una
 En la batalla postrera,
 Justo Alvarez, Zaragoza
 Y Leandro Valle, presea
 De la juventud hermosa,
 De la militar carrera.
 Y Alvarez, el que el plan hizo
 De campaña, con conciencia,

Y que Zaragoza y Valle
 Nobles elogian y aprueban,
 Y esforzados oficiales,
 Que mi mente no recuerda,
 Con Chucho Lalanne intrépido
 Las palmas del triunfo llevan.
 Mas presto está el caballete
 Y en mis manos la paleta;
 Dejad que en el tosco lienzo
 De mi grosera leyenda
 Pinte los breves bocetos,
 Trace las líneas ligeras
 De aquellos hombres que exhuma
 Del polvo mi reverencia;
 De los que, si algunos viven
 Es como si no existieran,
 Pues los cubren desengaños,
 O el desprecio y la miseria.

III

GONZÁLEZ ORTEGA.

Alto, bien formado, airoso,
 Pelo negro, frente estrecha,
 Ojos pequeños, vivaces,
 En el pelo, raya abierta,
 Con los pómulos salientes,
 Con la risa franca y fresca;
 Manirroto para todos,
 Nunca por su conveniencia;
 Era su alma limpio lago
 En cuyas ondas serenas
 Reflejaban los luceros
 Y brillaban las estrellas,
 Pero que al más leve soplo
 De las pasiones intensas
 Repentinas se levantan
 Sus aguas, braman, se crespan
 Y producen tempestades
 Que hacen retemblar la tierra;
 O risueñas y amorosas
 Con las yerbecillas juegan,
 Y con sentidos arrullos

Por el aire inciertas vuelan.
Jamás empañó la envidia
El cristal de su conciencia;
Nunca rencores villanos
Tendieron sobre él sus nieblas;
Y nunca ambición dañada
Fué brújula de sus proezas;
Era pueblo, así, inexperto,
Así de heroicas grandezas,
Así ardiente, apasionado,
Así de bondad extrema,
Dejando cual libres aves
Recorrer la inmensa esfera
A sus ensueños de gloria
Y su pasión por las bellas.

A Justo Alvarez no pinto,
Porque tengo por sistema
Guardar para los que viven
Una estudiada reserva,
Y porque tengo en tal precio
De ese mi amigo las prendas,
Que pudieran mis escritos
Tornarlas en lisonjeras.

Pero allí está Zaragoza
De mi pincel en espera;
Aquel de cabello lacio,
Aquel de cutis de seda;
Puro indio, de dientes blancos,
Siempre en actitud modesta,
Ni se escuchan sus palabras
Ni ruido alguno le inquieta;
Es vulgar su continente,
Mira con indiferencia
Lo que en su torno acontece,
Y cuando menos se espera
Estalla firme y tronante
Lo que quiere y lo que piensa.

Espérate, Leandro Valle,
Un solo momento espera,
Que no me dejas postura,
Que sosiego no me dejas
Para trazar el fieltrillo
Que te cubre la cabeza,
Ni pintar tus ojos verdes,
Ni tu pelona chancera,
Ni esa boca en que los chistes
Por escapar se atropellan.
Burlando ese diente roto
Que dentro tu boca impera.
Esa alma sobre tu rostro
De par en par está abierta,
Es como un salón tu frente
De la honra y de la decencia.
¡Oh, muchacho! Tu bogabas
En la sublime grandeza,
Como un ánade en las aguas
Que inmensas olas despliegan.
Hijo de lo temerario,
Arrojabas tu existencia
Al torbellino revuelto
De la desastroza guerra.
Como ninguno, valiente;
Cual nadie, en horas supremas,
Siguiendo de la experiencia
Las casi borradas huellas,
Y aquel muchacho travieso,
Aquel prófugo de escuela
En el consejo apelaba
A la calma y la prudencia,
Viendo sólo por la patria
Y de su honor en defensa.

IV

ENTREVISTA.

Tras la empeñada contienda
Vino el alegre descanso;
González Ortega estaba
Sin pompa y sin aparato
En el pueblo de Tepeji,
De Calpulalpan cercano,

Con los jefes principales
 Que compartieron su mando
 Y que cerca de su estancia
 Se hallaban como alojados.
 Pero su mismo aposento
 Era almacén de embarazos,
 Por todas partes fusiles
 Y monturas y galápagos;
 Está en mangas de camisa
 Con una mesilla al lado
 Con avíos de escritura,
 Lacre, sellos, papel blanco,
 Cuando se oye brusco ruido
 Y tres carruajes pararon
 Al frente de su aposento
 Cual si fuera por asalto;
 Los gritos de los cocheros,
 El estallar de los látigos
 Difundieron cierta alarma
 Entre Jefes y soldados.
 De aquellas tres diligencias
 Con cierta pompa bajaron
 El Embajador de Francia,
 Inquieto, grueso, chaparro,
 Con el color encendido,
 Caricatura del briago,
 Tuerto, con un lente puesto
 Sobre el caballete chato,
 —Es el Ministro de Francia,
 Monsieur Saligny—exclamaron;
 Y se miraban las caras
 Con disgusto y desconfiados.
 Desciende otro personaje:
 Es de vientre exagerado,
 Pinta en el suelo su sombra
 La fiel silueta del sapo;
 Cojo, la derecha mano
 En su bastón apoyando;
 Era el célebre Pacheco,
 En España renombrado
 Por sus libros excelentes
 Y por su talento claro;
 Y era astuto como zorra,
 Y era feo como el diablo;
 Ministro para los mochos,

De habilidades dechado.
 Ayestarán bajó el último,
 Medido, decente, cauto,
 De Miramón noble amigo
 Y honra de sus partidarios.
 No atino si Berriozábal
 Era completo del cuadro
 E iba como garantía
 Que pidieron los contrarios;
 Pero lo cierto del cuento,
 Lo verídico del caso,
 Es que los Ministros iban
 Por un convenio ó contrato
 Para hacer el juego tablas
 Entre tirios y troyanos,
 Por un pastel que comieran
 Los de arriba y los de abajo,
 Declarando la Reforma
 Cuerva coja y peso falso.
 Los viajeros con Ortega
 Presurosos se encerraron,
 Y se levantaron nubes
 Tempestades presagiando.

V

AMAGO DE TORMENTA.

Era jefe de Ingenieros
 El ya mentado Pepe Alvarez;
 A él sus pasos dirigieron
 Los queridos generales
 Don Ignacio Zaragoza
 Y el famoso Leandro Valle;
 Y este chiquitín le dijo
 Al General sin ambages:
 —«Volcanes son los cuarteles
 En que rebrama el coraje,
 Pues se habla de transacciones
 Y de juegos de compadres
 En contra de lo mandado
 Expresamente por Juárez,
 Traicionando sus principios,
 Haciendo á la causa fraude,
 Y dejando á nuestra patria

En peor estado que en antes;
 Y si para estas comedias
 Se ha vertido tanta sangre,
 Y esta guerra ha sido un juego
 De histriones y de farsantes,
 Antes que engañar al mundo
 Y hacer al honor ultrajes,
 La rebelión está pronta
 Con nosotros á vengarse.»
 José Justo oyó con calma
 Del joven héroe el arranque,
 Y ajustándose la horqueta
 Al muslo, marchó al instante
 Al punto de los convenios
 Que debían ajustarse;
 Entró al cuarto, comedido,
 Y con resuelto talante
 Dijo á todos: «yo protesto
 Contra lo que se pactare.»
 «¡Silencio!»—replicó Ortega,—
 «Que vengan mis ayudantes,»
 —La tropa está enfurecida,
 Está pronta á sublevarse.—
 Grita, confusión, trastorno
 Se levanta, los magnates
 Ni quieren soltar su presa
 Ni encuentran en qué apoyarse.
 Saligny se mueve inquieto
 Al tronar cual triquitraque;
 Pacheco, con más astucia,
 Le dice á José Justo Alvarez:
 —«Señor, las luchas de hermanos
 Así deben acabarse;
 Para abrazos de Vergara
 Siempre hay oportunidades.—
 La transacción no es posible,
 Pueden ustedes marcharse.»—
 Dijo Ortega conmovido
 Viendo un abismo delante,
 Y dijo hablando consigo,
 Cual si no lo oyera nadie:
 «Lo primero, es lo primero:
 Que la Reforma se salve.»
 —«¿Qué decís?»

—«Lo que yo digo

Es el que obedezco á Juárez.»—
 Se recogen los papeles,
 Se alista rápido el viaje,
 Y los próceres salieron
 Como ratas por tirante.
 La tropa, que furibunda
 Esperaba el desenlace,
 Mira á González Ortega
 Con Zaragoza y con Valle,
 Y formándose espontánea
 Con beneplácito de Alvarez,
 A Ortega le tributaron
 Los honores militares,
 Salvando de la Reforma
 Intactas sus libertades
 Después del de Calpulalpan
 Definitivo combate.